

TRIBUNA / JOSÉ ANTONIO ROSELLÓ RAUSELL

Esperanza para la democracia

HACE ALGUNAS semanas, en esta misma columna nos referíamos al voto de confianza que, casi con toda seguridad, los ciudadanos iban a dar al conjunto de la clase política con motivo de la próxima celebración de las elecciones municipales y autonómicas. Esto era especialmente relevante porque si, hace año o un año y medio, nos hubiesen pedido una previsión de orden sociológico, nos hubiésemos referido al profundo malestar que hacía mella en la sociedad, malestar que se correspondía con una indisimulada prevención hacia la clase política en general y que hacía presagiar una deserción de la ciudadanía ante nuevos comicios.

Hoy, sin embargo, las cosas parecen ser diferentes. Como entonces sugerimos, no ha desaparecido, ni mucho menos, la desconfianza hacia la clase política, pero tampoco se manifiesta un rechazo radical sin posibilidad de retorno. Tras haber pasado las principales convulsiones, las cosas regresan poco a poco a la normalidad. La ciudadanía, que ha empezado a distinguir la paja del grano, sabe que no se puede medir a todo el mundo por el mismo rasero, y también empieza a atisbar que algunas decisiones judiciales pueden no ser técnicamente correctas.

Ya a mitad de mayo un hecho interesante vino a dar la pauta de lo que estaba sucediendo en los fundamentos de nuestra sociedad. Concretamente, el PP de Mallorca anunciaba que, en el último año, había aumentado sus bases con cerca de un millar de nuevos afiliados. El hecho fue suficientemente relevante como para organizar a la luz pública una fiesta de entrega de *carne*s que tuvo lugar en el Paseo Marítimo, en el Muelle de las Golondrinas.

Era interesante observar todo el entramado humano que allí se reunió. Había gente de todas las edades, orígenes y extracción social, ciudadanos de a pie en su práctica totalidad. Ante ello, uno se preguntaba qué podía inducir a tanta gente a afiliarse a un partido político en estos tiempos actuales tan revueltos y faltos de referencias. Parecía un proceso raro: la clase política, según decían las encuestas

y la «opinión publicada» despertaba tal desconfianza que incluso se situaba en los puestos de cabeza del *ranking* de las preocupaciones ciudadanas. Y sin embargo, como contraste, un nutrido número de personas parecía ir contracorriente y decidía dar un paso al frente, asumiendo el compromiso que supone ingresar en una organización política.

Lo que podía inducirles a ello desde luego no era la búsqueda de hipotéticos cargos públicos. Por este lado no se podía encontrar una explicación verosímil, aunque desde fuera de los partidos a veces se vean así las cosas. Bastaba ver el grupo y conversar con unos y otros para darse cuenta de que, quién más quien menos, tenía su vida encauzada en otro lugar. Inde-

«Uno se pregunta qué podía inducir a tanta gente a afiliarse a un partido político en los tiempos que corren»»

pendientemente del buen trabajo del «aparato» en la captación de militantes que, es obvio reconocer, las razones de la afiliación tenían que ser de otra naturaleza, bastante más desinteresadas, teniendo en cuenta, además, que siendo militantes de base, la pertenencia a un partido es más una entrega que una prebenda. No estaban allí para buscar privilegios, ni mucho menos para medrar. Al contrario, había una considerable dosis de generosidad en su decisión.

De hecho, la respuesta debemos buscarla en otro lugar y, más en particular, en un aspecto positivo que encierra la condición humana. Así, una vez más es procedente recordar que el hombre es un ser político por naturaleza, que le induce a un determinado gregarismo que, paradójicamente, no es incompatible con el individualismo que sociológicamente caracteriza los tiempos actuales. En realidad, ha sido así des-

de siempre. Esta naturaleza surge de las personas como un brote natural, ya sea por la necesidad de sentirse parte de algo, ya por una vocación intrínseca de luchar junto a otros por objetivos comunes. Que unos determinados políticos fallen, no es razón para la deserción de la ciudadanía. Sin duda, producirá un desapego transitorio y un alejamiento circunstancial, como se ha podido experimentar, pero al final las pautas básicas de nuestra naturaleza humana vuelven a manifestarse en toda su extensión.

Adicionalmente, se demuestra que, en último extremo, la gente tiene criterio y a pesar de los innumerables sobresaltos y desasosiegos vividos, se acaba imponiendo la idea de que hay que mirar hacia adelante, y depurados los elementos que han enturbiado el nombre de una organización, un gobierno o una época, vigilar estrechamente, ya sea mediante normativa institucional o con acciones concretas, que determinados comportamientos no vuelvan a suceder.

Debe observarse que esta reflexión no pretende estar centrada únicamente en relación con el PP balear. Es verdad que esa afiliación tan considerable demuestra que el PP goza de buena salud, a pesar de los vaticinios en sentido contrario realizados hace un año. Pero aunque esto es cierto, la cuestión es más profunda y afecta al conjunto de la política. Las personas necesitamos creer en algo y esto explica que, con los líderes adecuados, la política vuelva a renacer, sin que ello suponga olvidar las duras enseñanzas aprendidas. Por otra parte, se puede discutir si los partidos políticos han derivado en organizaciones burocratizadas y con poca democracia interna, o sea, en meros partidos de cuadros, como se les denominaba por parte de los marxistas en el siglo XX, partidos donde el militante es más un objeto o peón que un sujeto. Esto es harina de otro debate. Lo que aquí interesa destacar es que, cualesquiera que sean las razones y circunstancias de cada persona, esta afiliación tan nutrida es un brote de esperanza para nuestra democracia.



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS
BENNÁSAR

El 'gulag' normalizador

NO ENTIENDO mucho de según qué temas. Del llamado Decreto de Mínimos o de la Ley de Normalización Lingüística, por ejemplo, tan sólo conozco su aluvión genérico de mayúsculas encadenadas, su singular aliento fetichista, su ramalazo étnico, el aluvión de subvenciones de parte que genera y poco más. Me queda, eso sí, el dudoso placer de observar cómo las nubes oscuras van cubriendo los territorios sometidos a sus designios, convirtiéndolos en zonas hostiles, en barracones de silencio y asfixia, en *gulags* de opresión. De inteligencia mutilada, de castración, de ceguera.

No me extraña, pues, que me acabe gustando tanto la bruma. Y no bromeo. Mallorca es ya uno de esos lugares terribles donde sólo se puede sobrevivir si se es capaz de convertir el desprecio que recibimos en una absoluta indiferencia. Llevo lustros untándome con ese magnífico bálsamo. Sólo así alivio las llagas y esquivo el odio y hasta aparto de mí el polen venenoso que impregna el aire y lo convierte en lodo.

La última hazaña de nuestra clase política ocurrió hace tan sólo unos días. No se les ocurrió otra que aprobar en el Parlament una proposición no de ley —como es obvio: ignoro qué es eso— tachando de peligro para la convivencia pretender derogar esas aciagas leyes normalizadoras. ¡Ni que fuesen las Tablas de la Ley! Con todo, siempre se aprende algo. Ahora sé que soy, también, un peligro público. Es formidable.

El Mundo del suscriptor (C)

LE INVITAMOS AL MUSICAL



¿Quién dijo que el asesinato no es un arte?

El Mundo: "Una obra maestra"

AUDITORIUM DE PALMA

DEL 3 AL 6 DE MARZO

Participe en el sorteo de las invitaciones, enviando un e-mail a: clasicoselmundo@gmail.com, indicando su nombre y apellidos, nº de suscriptor, teléfono de contacto y fecha que selecciona para asistir.

FUNCIONES	3 DE MARZO	4 DE MARZO	5 DE MARZO	6 DE MARZO
HORARIO	21:00	18:30 y 22:30	18:30 y 22:30	17:30 y 21:30

Entradas ya a la venta:

